







INDÓMITAS

MACARENA MORAÑA

• Ilustrado por: DANIELA KANTOR

Moraña, Macarena

Indómitas / Macarena Moraña ; edición literaria a cargo de Inés Kreplak y Marcos Almada ; ilustrado por Daniela Kantor. 1a ed. Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación, 2015. 108 p. ; 14x10 cm. (Leer es futuro / Franco Vitali; 16)

ISBN 978-987-3772-24-5

1. Narrativa Argentina. I. Kreplak, Inés, ed. lit. II. Almada, Marcos, ed. lit. III. Kantor, Daniela, illus. IV. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 19/12/2014

- Edición literaria: María Inés Kreplak / Marcos Almada
- Diseño de tapas e interiores: Pablo Kozodij

► COLECCIÓN LEER ES FUTURO

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con

la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

———— **Ministerio de Cultura** ————

Franco Vitali
Secretario de Políticas Socioculturales

Teresa Parodi
Ministra de Cultura



MACARENA MORAÑA

BUENOS AIRES, 1977. Estudió teatro y guión para Cine y Televisión. Asistió a diversos talleres literarios. Coordina talleres de escritura creativa. Es columnista literaria de Radio Sur FM 88.3 y forma parte del proyecto virtual *Mundo Cronopio* de literatura infantil. Sus cuentos forman parte de la antología de la Editorial Nuevo Ser y del Centro de Estudios Poéticos del Ministerio de

Cultura de España. Fue dos veces finalista del concurso de cuentos anual de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Obtuvo el primer premio de narrativa del concurso *Vivir sin violencia* del Ministerio de Educación de la Nación, y del concurso anual literario de la Fundación Lebensohn. Fue finalista del concurso Itaú de cuento 2014.



DANIELA KANTOR

BUENOS AIRES, 1970. Es diseñadora gráfica (UBA). Estudió con Alberto Brecchia, con Carlos Nine, con Carlos Gorriarena, con Tulio de Sagastizabal, con Mariano Sapia y pintura japonesa “sumi-e”. Colaboró en la revista *El Tripero*. Publicó en las revistas *Ramona*, *Zona de Obras*, *Para Ti*, *Jardín* y en fanzines. Expuso historietas en Buenos Aires, La Plata, Rosario, Cuba, Brasil, Ale-

mania, y España. Exhibió sus pinturas en Espacio LDF, Supermarket Gallery Museo de Bellas Artes de Tandil, Universidad de Mendoza, Museo de Bellas Artes de Tres Arroyos y Hostería Ave María de Tandil. Actualmente es parte del equipo docente de la materia Ilustración, cátedra Roldán (FADU, UBA) y da clases de Historieta para niños. Ilustró libros sobre Diseño de Modas, y en formato historieta Colección *Ser Humano*. Se puede ver su obra en:

- danielakantor.com

INDÓMITA



Sus padres abren la puerta como si fueran los dueños de la casa. Ella se acuerda de una carta, de un aviso de desalojo. Quisiera preguntarle a su ex pero no contesta el teléfono. La mamá apoya su cartera y su chal sobre el sillón. Hace frío, abrigate. El padre critica el desorden y pregunta qué hay de ce-

nar. Ni lo pensó porque va a ir al ginecólogo, porque la llamaron para recordarle el turno. ¿Ginecólogo?, pregunta la madre, después la mira y dice que está bien, que es bueno que salga un poco. Ella tantea con su mano dentro de la cartera para comprobar que no se olvida nada: llaves, billetera, petaca. Se acerca a sus hijos, les besa las cabezas. Uno de ellos levanta la mano y saluda; ninguno de los dos la mira. En la puerta su mamá le pone de prepo su chal, Abri-gate, vuelve a decirle. El olor del perfu-



me la repugna, pero la vieja sentencia Te vas a resfriar, ella no puede refutarla, menos que menos cuando el padre le hace chito la boca. ¿Chito la boca?, ¿no está grande ya para ese gesto?, ¿cuántos años tiene?, ¿está casada, desalojada, sobria? Son ellos los que están confundidos porque como ahora comparte el cuarto con sus hijos se creen los padres de todos. Ya les va a explicar.

En el ascensor tira el chal con un movimiento de hombros, A alguien le va a

venir bien, dice en voz alta. Le divierte hacer muecas en el espejo: abrir la boca, sacar la lengua, fruncir la nariz. Se acomoda las tetas pero no logra sentirse sensual. Antes de llegar a planta baja toma un trago para enfrentar la calle. Frente al espejo dice Chito la boca.

No se mudó solamente por el desalojo, los chicos venían comiendo demasiadas salchichas y puré instantáneo, o fideos con manteca y alfajores. Ahora de la comida se va a encargar su mamá



aunque eso implique que otra vez tenga que someterse a sus gustos. Él no contesta. Al menos ahora cuando llegue a su casa no se va a sentir sola, con sus hijos cansados y los delantales sucios, las camas revueltas y el agua de los fideos que se evapora para que igual le salgan duros. Si él la perdona ella jura volver a cocinar, volver a ser la mamá que cocinaba, firmaba cuadernos, bañaba a sus hijos, cosía pitucones. Ella fue así, a veces se acuerda.

Llega al consultorio y la secretaria

del ginecólogo le sonríe con verdadera alegría. Contiene un insulto con esa risita nerviosa que usa para frenar casi todos sus arranques. Espera unos minutos para por fin abrirse de piernas ante ese hombre que le pregunta cómo está ella, los chicos y el marido. Por suerte fue preparada para el interrogatorio, así que contesta velozmente usando la frasecita Nos separamos. Nunca va a decir Me separé, porque así todo cae de su lado: culpa, responsabilidad, razones. En cambio usando el plural la gente



piensa en ella y en su ex como una cosa de dos partes, un algo que ya no importa cómo se llama, si es que todavía se llama de alguna manera. Tiene que distraerse con esas pequeñeces, buscar mínimas variantes, porque no quiere que nadie la vea llorar y menos el ginecólogo mientras le extrae la muestra de flujo para el PAP. Él le pide que se abra la bata para palparle las mamas. Ella piensa que su ex las llama lolas. Las dos palabras le parecen estúpidas: mamas, lolas. Se acomoda para mirar al médico

a los ojos, le mira también las manos, su anillo dorado y enorme, los dedos que hacen presión sobre sus tetas. Esa sí es una palabra como la gente. Tetas, dice. El médico se sonríe apenas, con timidez o vergüenza, a ella la risa se le confunde con una especie de hipo que intercala con la repetición de la palabra. Tetas, tetas, tetas, tetas, tetas. Hasta que se muerde la lengua. El médico sin mirarla dice que puede vestirse. Ya nadie me mira, dice sin ganas de que la escuche. Queda sola en ese cuadrado



minúsculo, blanco y desinfectado en el que su aliento se hace más evidente. Desde el otro lado el ginecólogo le pregunta a qué grado van los chicos, y ella metiendo la bata en la cartera contesta que a segundo y a cuarto. La petaca ya está casi vacía. A segundo y a cuarto, grita por las dudas no lo haya dicho.

En una farmacia compra una crema humectante para manos y le explica a la vendedora que tiene las yemas ásperas porque está lavando ropa, platos y cul-

pas. Ríe por la cara de la chica y porque desde que se separó todos los días se compra algo, un chocolate, una revista, perfumes, bombachas, botellas. Ya no va a volver a su casa, porque no tiene casa. No quiere parecer separada, por eso no habla con nadie, por eso llega tarde a la puerta de la escuela, por eso detesta a las otras madres con sus calzas y sus temas de conversación circulares. No quiere terminar usando perfumes con dejo dulzón y agrio al mismo tiempo, ni una base líquida demasiado



pastosa que mal disimule sus arrugas. No piensa soportar canas ni ningún otro signo de vejez y deterioro; tampoco quiere abusar del dorado ni ponerse cinturones arriba de las camisas largas. No quiere pasar de moda, no quiere que sus hijos la carguen por cómo habla, no quiere pedirle plata a su papá ni extrañar a su ex. Él sigue sin contestar. En el kiosco veinticuatro horas compra una botella de champagne que va tomando en el camino, en los semáforos. Nunca le gustó el champagne. Él la tiene que re-

cibir; una cosa es el teléfono y otra muy diferente es verla. Frena para tomar y se da cuenta de que no encendió las luces. Sí, verlo va a ser lo mejor. Quién sabe no le proponga empezar de nuevo, de a poco, como novios al principio y después otra vez convivir, casa nueva vida nueva. Él la dejó porque le rompía las pelotas, se quejaba de todo, y no quería coger. ¿En qué momento todo se puso tan vulgar y absurdo? Si ellos son los que se casaron en la catedral, hicieron una fiesta para trescientas personas



y se fueron de luna de miel a Cancún, ¿o ya no son esos? Ella ahora va a querer estar con él siempre, va a cambiar y nunca más va a decirle que se aburre, que es infeliz o que se arrepiente de todo menos de los nenes. Se acuerda del día que se lamentó por tener varones. Pone balizas y estaciona como puede. Está a unas cuadras pero le va a venir bien el fresco en la cara. Una mujer la mira fijo, Qué vergüenza, dice cuando le pasa por al lado. Ella se ríe mientras termina el champagne y tira desde lejos

la botella en un tacho de basura gris del que se despide con una reverencia. No la insulta porque quiere cambiar, porque ya no va a decir palabras que hieran a los demás, y mucho menos a su ex aunque sea un fracasado que no puede ganar plata ni tenerla contenta.

Toca el timbre, la voz de él sale por el portero eléctrico, ella pretende asustarlo, Por favor abríme rápido. Otro ascensor pero ya no se mira, él la recibe en la puerta, no quiere dejarla pasar. Hace



tres meses que su marido vive en esa oficina sucia, Tres meses es una eternidad para un papá de dos hijos chiquitos y hermosos, le dice. El silencio se le hace terrible. Bueno, che, tomé un poco nomás, al final sos peor que mi papá, es que vos no entendés nada de lo que me pasa: nada. No tomaste un poco, tomaste mucho. Ella piensa que mucho es otra cosa, mucho es vivir con sus viejos y que su marido la haya dejado por pelotudeces. Flojo, cagón, le dice, él mueve la cabeza y se agarra la frente. Exage-

rado, siempre el mismo exagerado. Le mira el pantalón de jogging y los pies descalzos. En tu casa hay olor a cigarri-
llo, dice. Qué pasó, pregunta él. Es que necesito hablar, conversar, como las personas civilizadas que somos, dejame pasar. No. Me estoy haciendo pis, dice poniendo esa cara de nena tonta con la que antes lo convencía de cualquier cosa. Bueno, pero enseguida te vas. Ella le encaja un beso en la mejilla y entra.

Abre las puertitas del botiquín, en-



cuentra aspirinas, se toma dos. Hace pis, no se seca, se sienta en el inodoro y abre la cartera, saca la botellita, todavía tiene unas gotas. Se ilusiona con que él la invite con un trago. Se mira entre las piernas y le causa gracia pensar que hace apenas unos minutos un tipo estuvo ahí, mirando y tocando. Se saca la ropa porque desnuda piensa mejor. Si vuelve con él va a dejar de tomar y nunca más va a reírse de su familia ni le va a decir “gorda de mierda” a la maestra del más chico ni a nadie. Sale. Él está senta-

do, con un cigarrillo en la mano, cuando la ve da un salto. Qué hacés, por Dios. Ella se le acerca. Voy a volver a cocinar, voy a limpiar el baño, voy a ser buena otra vez, dice. Él camina para atrás. Por favor vestite y hablamos. Voy a tratarte bien, te voy a decir que te amo, que sos un padre ejemplar, que nuestra casa es un hogar, que tenés la poronga más linda del mundo. ¿Por qué no me atendés el teléfono?, estamos casados, te puedo hacer un juicio ¿sabés? Dale, dame un beso. Por favor vestite. Dale, no seas



hijo de puta, tocame. Vestite. Un fracasado, eso sos, un hijo de mil putas que me quiere convencer de que soy la única responsable de nuestros problemas pero sabés que las cagadas no fueron solo mías, vos lo sabés. El mareo se hace muy fuerte, se sienta en el piso porque los pensamientos van demasiado rápido. Hay una bandeja de superhéroes sobre las piernas del más chiquito que le dice que tiene hambre, le duele la cabeza por el perfume que usa su mamá, su papá que le pega al nene grande por-

que se olvidó la carpeta del colegio, ¿o es ella que le está pegando? No, ella está en la cama matrimonial sola, temblando, porque se quedó sin vino y en ese barrio de mierda a esa hora no hay donde comprar, pero igual sale, deja a los nenes, se sube al auto y maneja hasta que encuentra un lugar donde hay muchos hombres, eso es tomar mucho, y se acerca a uno y le pide plata porque se olvidó la billetera, el tipo le dice que le da la plata si ella le muestra los pechos, ella lo corrige: Tetas, dice, y se levanta



la remera justo cuando viene su marido a buscarla y la ve, ¿ella lo llamó? Vuelven en silencio hasta que él dice algo de que ya no puede seguir así, que ella se tiene que tratar, que se va a llevar a los chicos, pero al día siguiente ella se despierta con migraña y nadie se llevó nada, se terminó el papel higiénico y es él el que habla con sus padres como si ella fuera una nena tonta que se hace pis en la cama.

Abre los ojos, acaso durmió unas ho-

ras, está desnuda, él anda por ahí, fumando. En el baño encuentra su ropa. Él mira el noticiero, ella le pide plata para un taxi. Él no habla, mete la mano en el bolsillo, saca billetes arrugados, tiene los ojos rojos, tal vez lloró. Maricón de mierda, yo soy tu mujer, vos me tenés que cuidar no meterme en un taxi, maldito, maldito. Siente cosquillas en los puños, a veces le viene bien pegar pero no siempre, hoy no. Durante el viaje en ascensor el silencio es el mismo que otras veces. Te repetís, siem-



pre lo mismo, siempre igual, fracasado. Planta baja. Le pide al taxista que vaya rápido porque está apurada. Lo demás, eso de que tiene que cuidar a sus hermanitos, no sabe si lo dice o lo piensa. Lo que sí sabe es que tiene frío, por eso busca el chal.





NO ME DEJES



A veces Nidia, la muchacha que me cuida, me hace pensar en mis hijas. Carol se casó y se fue a otro país y Regina... Dios santo; no hay peor desgracia, ni siquiera tiene un nombre. Y ella era tan chica, tan chica, no sé qué edad tenía, ya no retengo los números. Nunca nada va a dolerme más. Nidia entra a mi

casa, la veo acomodarse el pelo, se lo ata, quién sabe si no fantasea con que un día me vuelva loca y se lo tiree como hacíamos de chicas con mi hermana. A mi hija hubo que pelarla, ella me pidió que le comprase una peluca y que todos los días me encargara de arreglársela, cuantas veces fuera necesario. Yo lo hice tolerando sus insultos que todavía escucho. Tuvimos que quitar los espejos pero no pudimos sacar los vidrios, igual ella no se miraba, no quería saber nada con su cabeza pelada,



y mirala a esta ahora, haciendo alarde de sus pelos; Dios santo. ¿Quién es esta mujer?, ¿dónde está mi hija ahora? Mi marido estaba poco en la casa y a partir de lo de la nena todavía menos. Los hombres no son fuertes como se dice. Mi otra hija que ya de por sí tenía el carácter difícil se puso imposible con la enfermedad de la hermana; mezcla de celos y dolor, una combinación terrible. A partir de eso nunca más fui feliz, esa es la verdad, y mi marido y Carol no me lo perdonaron. Él se fue de casa,

un día, sin más, y mi hija se casó tan joven con uno que se decía diplomático. Lo primero que hizo fue arrancármela, desgraciado, se la llevó a otro país, y para qué si ni hijos tuvieron; eso no es una familia, no señor. Nidia sí tiene hijos, dos varones, y cuando me habla de ellos yo le digo que cambiamos figuritas porque yo le cuento de mis nenas y ella se entusiasma y dale que va con sus bebés de acá y sus bebés de allá, y nos reímos y hacemos como que brindamos por nuestros cuatro hijos. Pero después



me acuerdo, siempre termino acordándome y me empieza a doler la panza.

Nidia me dice que estoy bien para la edad que tengo y yo le digo que es otra de sus mentiras, que se calle, que me cebe un buen mate, uno de esos que solo ella sabe hacer, le salen muy ricos. Le pido que no le haga caso en nada al doctor y que por el amor de Dios no me deje nunca. Se ríe lindo, se parece a una de mis hijas cuando lo hace, no sé a cuál, si a la chiquita o a la otra, creo

que a la chiquita. Estoy vieja, me olvido de las cosas, pero también recuerdo lo importante: el sonido de la risa de Regina, los ojos de Carol cuando era bebé, la primera vez que él me abrazó detrás de esos médanos. Mi marido no era un mal hombre y la noche en la que Regina se nos fue me abrazó tan fuerte que pensé que tal vez la muerte de la nena lo iba a hacer cambiar de opinión pero no, se estaba despidiendo, y yo, siempre tonta, siempre incrédula, no lo supe entender. Teníamos dinero; él además



del español hablaba francés, inglés y algo de alemán, era un tipo inteligentísimo, tenía la habilidad de convencer a cualquiera de cualquier cosa. Pero eso qué importa. ¡Nidia!, nadie me contesta, me vienen ganas de llorar, ¿qué otra cosa puedo hacer? Esa chica me abraza. ¿Quién sos?, le pregunto, ¿de dónde saliste?, y ella no me dice nada y por eso me parece que no es mi nena porque si fuera me gritaría y me echaría culpas. También le pregunto de qué nos sirve esta casa ahora, parece que lo que digo

la hace reír, ¿es tonta o qué? Yo quisiera dejarle la casa a ella porque es una buena chica que nunca va a tener nada pero Carol no me lo perdonaría jamás porque tiene un carácter tan difícil. Me encantaría que hablásemos, que volviera. Quién sabe hace cuántos años que no la veo. Antes usaba almanaque, ahora para qué, además no veo nada. Nidia me dice que ella me lee y agarra el diario, es una chica predispuesta pero se demora y se confunde tanto que me saca las ganas de saber cualquier cosa. La vida se



me convirtió en cualquier cosa. Ahora se le metió la idea de los rompecabezas, los encontró en el altillo, cajas y cajas, y desde hace días dice que es lo mejor para matar el tiempo; habla de matar, de la muerte, como si fuera algo divertido. Ella habla así porque es joven. Antes yo era charleta, o no, la verdad es que no me acuerdo si era yo o mi hermana. Mi hermana sí que era una buena mujer y fue una gran compañera para mí. Pobrecita al final se hacía encima; estos días cuando me acuerdo de ella siento

la misma vergüenza, como si me pasara a mí, como si me meara. Nidia me cambia y yo le digo “Gracias hija” aunque no me guste usar esas bombachas que me sale a comprar cada dos por tres. Esta mañana cuando se apareció con el pelo mojado y los ojos cansados y se acercó a mi silla para besarme, me asusté mucho. Me estoy quedando dormida a cada rato. Cómo me gusta sentir el olor de su piel aunque esté transpirada. Y en seguida que llega se escucha esa musiquita que yo no sé de dónde viene,



que a veces me parece que es mi imaginación, pero antes de que le diga algo ella aclara “Es mi celular, viejita”, y se ríe, y se va para la cocina, y se prende un cigarrillo, ¿es que no puede esperar ni un segundo? Le grito que de los viejos nadie se acuerda y ella se asoma con cara pícara, a veces no sé si es un ángel o un demonio. No hay consuelo ni certezas para los que sentimos cerca el fin de la vida. Tampoco tiempo, ni piedad. Me pongo poética, triste. Ella pone el agua para unos mates, le digo que deje

de fumar, que es un vicio de mierda, y le hablo del cáncer, de mi hija, de mi hermana, pero ella me mira con esos ojos negros que nunca me hacen caso, que me dicen que ya no tengo autoridad para aconsejarle nada a nadie. A los padres hay que respetarlos, le digo, y ella apaga el cigarrillo, se acerca y me abraza; parece que me quiere. Yo no me olvido, le digo, vos me dijiste las cosas más terribles que una madre puede escuchar, y ella me canta o me dice que eso ya pasó, que me olvide, que ahora



nos vamos a acostar. No entiendo, no entiendo. ¿Quién sos?

Merendamos en silencio, ella toma mate y no me da ni uno, con lo que sabe que me gusta. Me da té, odio el té: es asqueroso, agua sucia, gusto a nada. Sé perfectamente que le viene mal mi solero, por eso me lo mira con ese desprecio tan parecido al que sentía su padre cuando discutíamos, pero si vamos al caso a mí no me gustan sus modales y tengo que convivir con ellos, así que

las dos sufrimos aunque ella no quiera reconocerlo. Cuando me habla me doy cuenta de que me volví a quedar dormida. Le pido que me lleve a la cama y ella dice que todavía no, que si no a la noche no duermo; qué sé yo si tiene razón. Vamos a cenar lechuga, algo de tomate, los dos huevos que quedaron del almuerzo y un pedazo de sandía como postre. Postres eran los de antes, los que solía hacer yo para mi marido y mis hijas. Ay mis hijas, qué ganas de verlas tengo.



Por suerte ya es tarde y se pasó el día: son las ocho y media pero así y todo me entran las ganas de llorar como una desgraciada. Vemos un programa en la televisión y yo pienso que ella no habla porque es bruta pero de haber estado mi hija hubiera dicho correctamente todas las respuestas porque siempre fue una chica inteligentísima, en eso también salió al padre. Yo en cambio soy una tonta, una vieja tonta. Y pensar que antes, muy de vez en cuando, me reía, no pasaba muy seguido pero me

hacía sentir que estaba ganándole unos minutos a la muerte. Ahora la casa es grande al pedo, mi hija mayor viviendo lejos, sin llamarme y yo acá en este comedor gigante, terrorífico, con esta tipa que se la pasa apretando las teclas de ese aparato. Yo no sé qué fue lo que hice tan mal como madre, por qué mis hijas no están acá. Solía gritarles que el padre se había ido de casa por culpa de ellas; estoy arrepentida, le digo a Nidia, pero ella solo sabe sonreír. Es tan tonta la pobre. Pero la prefiero así, sonriente,



estúpida, mejor así que mala como era antes que me vivía retando por cómo hacía las cosas, por cómo le acomodaba la peluca; nunca nada le venía bien. “Mamá sos una inútil”, “Mamá me volvés loca”. Ahora ya no quiero hablar de cosas tristes y entonces se me da por preguntarle por su trabajo pero me responde disparates: dice que le gusta estar conmigo y que no tengo que preocuparme porque ella no va a irse ni va a dejarme nunca. ¿Por qué dice eso?, ¿acaso no es imposible que los hijos se

queden para siempre con los padres? La vida es tan sarcástica, te regala la juventud y te castiga con la vejez. Lo más increíble es la velocidad de las horas. A veces le pido perdón a mi Regina porque tal vez yo tuve algo de culpa, quién sabe, pero nunca quise hierirla, jamás se le desea el mal a los hijos, si con ellos somos la bondad, la generosidad. Yo por nada del mundo le hubiera elegido ese destino; por las noches le pido que se acueste sobre mi falda y acaricio su cabeza como cuando era mi chiquita,



en cambio con la mayor casi no hablo porque vive en otro país, de vez en cuando me llama pero su voz me confunde y entonces me callo. Ella suele gritar, tiene un carácter espantoso.

Tengo las uñas de los dedos gordos de los pies muy encarnadas y quiero pedirle a la nena que después de comer me las arregle un poco. Lo necesito porque ya no puedo caminar más con los dedos así; me duelen tanto, ha de ser por eso que no camino, ya no sé hace cuánto

tiempo. Ella sigue fumando, otra vez la musiquita, y su padre sigue sin dar señales de vida. Qué digo. Le pregunto si su papá murió y ella levanta las cejas, parece que se le van a salir de la cara, me da un beso en la frente. De repente siento miedo por ella, creo que se llama Nidia y que no es trigo limpio, eso me dijo mi hermana los otros días. Ahora come una pata de pollo y se chorrea con esa grasa amarilla, ¿de dónde sacó esos modales?, ¿por qué ya no toca el piano ni me habla en francés? Lo que



no puedo decir es que no vista bien, es coqueta a su estilo con su delantal, en eso me hace acordar a mi hija Carol que se casó con un diplomático. Pienso en mi hermana a cada momento y le doy gracias a Dios porque por lo menos tengo a mi hija conmigo, quién sabe qué hubiera sido de mí si hubiera llegado sola a la vejez. ¿Por qué se reirá ahora?, ¿es feliz?, ¿por qué? Cree que no la veo pero el espejo del baño me muestra su cara enterita. Ha de estar acordándose de algo; ¡cómo me gustaría saber

de qué! Mira ese aparatito negro con el que anda todo el día, se rasca la mejilla y se saca algo del ojo. Qué bella es mi hija, lo raro es su pelo, no lo recordaba tan oscuro. Ahora se agacha, levanta la vista y me ve. Bajo la cabeza, siento vergüenza, creo que va a pegarme y entonces tengo miedo, me va a matar por andar espiándola. Perdoname, Regina, le ruego con los ojos, pero ya es tarde, ya la hice enloquecer, la conozco. Ahora va a pegarme, estoy segura, me odia y no me perdona no haber sido yo la que



se enfermara, me lo dijo muchas veces, muchas veces, me va a matar.

—Vamos a dormir señora Amalia que ya es muy tarde para usted.

—Pero si todavía no comimos, Reginita.

—Soy Nidia, y acabamos de cenar.

Me arrastra hasta la cama como si tuviera ruedas en vez de pies. Qué sádica es, no parece hija mía.

2

“Uh, no me dejes morir así, uh, no me dejes caer en la trampa”. Ahora te gustan las canciones caretas, me dice. Sos un pelotudo, le digo, y pasá que recién se quedó dormida pobre vieja. Negra hermosa, me dice ya toqueteándome y yo lo empujo y me le río en la cara, le gusto tanto que me confío y me río y le miro los brazos. Es un negrito medio pelo, sucio, flaco. Callate, le ordeno, y él se calla y me mira con esos ojos



que parecen pelotas. Se ríe cuando se la chupo, siempre arrancamos por ahí, es lo que más nos gusta. La pobre vieja ni se imagina lo que hago, pobre mi santa, soy una guacha, pero qué querés. Mirá si un día no te la chupo más, se me ocurre amenazarlo, y entonces se pone serio y me dice que me quiere, que nunca me va a poner un dedo encima, un dedo malo dice. Dedo malo, qué infeliz. Es un tarado pero al Walter lo tengo lejos y no quiero estar sola. Otro mensaje en el celular con la misma can-

ción, a mí me gusta esa canción, no me parece careta, él lo dice porque no es una cumbia y la cumbia es todo lo que conoce este negro barato. ¿Quién te anda escribiendo tanto?, me pregunta, y yo le digo que los chicos, ojalá fueran ellos, mis vidas. Dejame de joder, le digo. ¿Vos no me estarás metiendo los cuernos, no? Le agarro las bolas y se las aprieto. Callate sucio que si se despierta la vieja te reviento, eh, esperá acá y no toqués nada, ni respirés, ya vuelvo con el mate. Y me hace caso, es tan hue-



vón, tan pollerudo. Aprovecho y en la cocina le respondo a Walter, le escribo “estoy ok” para hacerme la no sé qué. Quiere que deje el trabajo, que deje a la vieja para vivir conmigo, dice que va a mantenerme. Y sí, qué vivo, yo también quisiera eso pero no es fácil. Le pido que aguante, que falta poco, que me tenga paciencia porque la vieja me da tanta tristeza. Está sufriendo mucho y yo debería ayudarla de una vez pero... A veces pienso que cuando se muera yo me muero atrás, de la pena. Ay Dios mi

viejita. Walter ya me prometió que me lleva de vuelta a Formosa pero yo necesito que aguantemos un poco más por el tema de la guita porque si saco lo que tengo que sacar a los chicos los voy a poder tener como reyes, y a mi mamá también. Porque mirá si después de tanto sufrimiento no va a valer la pena, yo no voy a volver pobre, ni en pedo, ni loca, eso sí que no. Mis pibes van a entender que si me fui todos estos años, si los vi tan poquitito, tan nada Dios mío, fue por lo menos para darles una me-



jor vida, y no para mover el orto como les dice el pelotudo del padre que ya lo voy a agarrar, ay las ganas que le tengo a ese boludo. Que lo moví lo moví, claro, cómo no, por qué no, pero eso no tiene nada que ver, lo único que falta es que a los treinta años no pueda bailar, lejos de mi tierra, de los míos, y sin baile, andá a cagar, ni en pedo. Bailo y cojo porque me gusta, porque si no me muero, no tengo a mis hijos conmigo, le limpio el culo a una vieja, la paseo en esa silla que pesa una tonelada, le

cambio los pañales, como arroz, ¿y encima me tengo que aburrir? No, eso sí que no. Ay cómo extraño el chivito y el cordero, allá en el campo que sale como piña. En cambio acá como zapallo hervido, manzanas ralladas, purés; somos como bebés, y ella en su cochecito. Le cebo mate a Gusti y bajo el sonido del teléfono, este Walter es un celoso de mierda también, decí que labura en La Plata que si no yo no podría mandármelas así, tan alevosamente. ¿Qué son estos yuyos?, me pregunta Gusti con



cara de asco, tienen un olor que madre mía. Son mis cosas del trabajo, che, no me rompas, le digo mientras se los saco. Yo no tengo que contarle nada porque si no, qué sé yo, pero no va que se me da por llorar porque soy tan estúpida, porque tengo tanta pena adentro. Él me abraza y me dice que hago todo bien pero es mentira. Al rato se me pasa, voy a ver a mi vieja que sigue durmiendo y cuando vuelvo el Gusti se sacó la ropa. ¿Qué hacés?, ya te tenés que ir. No, me dice, chupala otra vez.

Es un groncho. Dale chupala puta, me dice. ¿Se cree que me ofende o que me gusta que me hable así? Puta tu vieja, pienso, y me río, él me dice que no me distraiga pero si quiero se la muerdo. Se la muerdo, le duele, claro, qué no le va a doler si le hincó el diente como si fuera un chorizo. Hija de puta, hija de puta, y me sacude de los pelos, se hace el macho, le gusta ponerse violento pero ni sabe cómo, me tiene miedo. Sí, dale, por fin, negro, dame así, fajame. Y él con su manito abierta me da un po-



quito, como una cachetadita en el culo, se siente poderoso y acaba. Y ahí nos damos cuenta de que hicimos un ruido bárbaro, como si estuviéramos solos. Él se viste rápido y lo saco a los empujones mientras la vieja me llama llorando. “Escuché ruidos, Regina, entraron ladrones”, me llora. Pobre mi alma. Le digo que se quede tranquila, le voy a buscar agua y le mando un mensaje de texto al Gusti y le pongo “Te quiero estúpido, no me dejes morir así”.

Cuando entro a la pieza mi viejita está dormida y tiene la mejilla un poco vomitada. Hay olor a meo también. Ya no puede ni comer. Me acuerdo que a las ocho va a venir el doctor Campelli y me da tanta tristeza que me acuesto al lado de ella, estoy transpirada pero le doy la mano, le acaricio la cabeza. La quiero. Qué injusta es la vejez, pobrecita, está tan sola, llena de guita y más sola que un hongo, dependiendo de mí. Qué mierda este final mi vieja, le digo, yo te voy a ayudar, le digo, y me acuer-



do de los yuyitos que el Walter ya me dijo que son fuertes, que tenga cuidado. Pienso en la hija de Estados Unidos que se cree que por que llama cada tanto... Yo ya le dije los otros días que no la veo bien, pero ella solo se queda con lo que le dice el médico. La hija más chica se le murió a los dieciocho de un cáncer y le quedó esta otra que no le sirve para nada. Abre los ojos, me mira, Nidia, me llama, Nidita volviste, y yo que sí, mi vieja, si usted sabe que yo nunca la voy a dejar, y nos besamos, a veces me quiere

dar picos y esta vez la dejo si total. A veces se pone cachonda y a veces mala, depende el día, a veces es un pan de Dios y a veces me dice ladrona de acá, estúpida de allá o saca de sus bolsitas y me da plata y me dice “Tomá, para tus bebés, comprales algo de parte de la abuela”, y yo le agradezco y ella dice “¿Gracias qué?”, y yo le tengo que decir “Gracias mamá”, y ella se pone re feliz y me abraza y me canta en alemán y mezcla las canciones con unos tangos y me cuenta historias que no sé si son o si no



son de verdad, siempre me habla de la hija muerta y eso sí se lo creo porque ella ya la siente cerca. Ya falta poco, ya nos vamos a ir, ella para el otro mundo y yo a Formosa con mis reyes. Ya casi me alcanza con lo que junté pero igual voy a llevarme las latitas, si nadie sabe, y hay buena guita ahí, yo creo que si se las pido me las regala pero no quiero levantar la perdiz a ver si después le dice a la hija pero no, si con la hija ni habla, habla solo conmigo. Dice que me adora, que soy una santa. Ay Dios,

santa me dice. Me llama Regina porque así se llamaba la hija, la otra se llama Carol. Mirá que dejarla después de la vida que ella les dio. Uno ve las fotos y no lo puede creer, eran como reyes, una cosa de locos, unos autos antiguos y unos vestidos como de película. Mis pibes no van a estar así pero van a andar bien, y quién sabe si el Walter no se viene y terminamos armando una linda familia. Y a Gusti lo voy a plantar de culo, si total nunca va a buscarme allá, es un tarado pero me quiere, y yo



a él un poco también la verdá.

Mi viejita quiere mate, voy a mi pieza, agarro los yuyitos. Ayúdame, Dios mío. Le cebo, me los pide amargos. Toma dos y ya se descompone, se hace encima, y no va que justo llega el médico, en ese momento. Le digo que espere pero el tipo se manda y ella al verlo llora, de vergüenza llora. Espere por favor, le digo al imbécil, y el tipo como si nada que la mira, ¿es que no se da cuenta?, ¿para qué mierda estudió? Me lla-

ma a un costado y me dice que vamos a tener que internarla, que no la ve bien, me pregunta qué tomó o comió. Ni la revisó el hijo de puta. Ay doctor, le digo con voz de buena, ella quiere quedarse acá, por favor. Ahora me animo a hablar, no como antes que hacía lo que me decía, ya es mía, es mi vieja, hace cuatro años que es mía. Usted no decide nada, me dice el puto, con respeto dice que me habla, ma qué respeto, vos doctorcito no te la llevás ni en pedo. Le digo bueno bueno y ni bien se va lo llamo al



Walter porque necesito que alguien me diga cosas lindas, que soy buena, que lo que hago está bien. Soy fuerte pero esto no es moco de pavo. Él me dice que está bien, que las cosas tienen que ser así, que esto tampoco es vida y que si yo la quiero tengo que ayudarla a irse. Corto, ella se duerme y se despierta, se duerme y se despierta. Nidi, me llama, nunca me dijo así, qué lindo me tratás ahora, hija, tomemos un mate tranquilas, en paz, sin decirnos cosas feas. Los mates que vos sabés, me dice, y yo en-

tiendo, y le cebo tres más, al hilo, están ricos, hija, me dice. Lloro y el mate se lo hago con agua y con lágrimas. Se retuerce en la cama y se la bajo para que se acueste bien. La ambulancia va a venir a las once, me dijo el Campelli ese. Son las ocho y media, hay tiempo. Le hablo, bajito, suave: “Mire doña Amalia, si usted cierra los ojos y se concentra y le pide a Dios, se va a poder ir con su esposo y allá va a poder bailar y cantar con él, y seguro enseguida se va a encontrar con su nena que la está esperando toda co-



queta como a usted le gusta, pero si se sigue quedando la van a meter en un hospital, con otros viejitos, y yo ya no voy a poder cuidarla, no me van a dejar”. Y así le sigo explicando y ella se me duerme y yo la abrazo y escucho que la panza le hace unos ruidos que madre mía. Los yuyos esos son terribles, Dios mío, dame una señal, decime que hice bien. Y no va que llama la hija y me tengo que levantar. Cómo puteo, quiero gritar, romper cosas, y mientras le estoy hablando y explicando me viene la in-

tuición, escucho un suspiro, como una exhalación fuerte y le digo que espere; “¡¿Qué, qué?!”, grita ella que es de gritar mucho, “espere”, le digo, “pero llevá el teléfono querés”, me grita más fuerte, que llevá ni llevá, llevame esta. Tiro el tubo y corro, mirá si ella va a ser más importante en este momento, se hubiera acordado antes. Se me murió, mi vieja, mi viejita. La concha de la lora, Dios mío, la concha de la lora. Cuidámela Dios mío. Agarro el teléfono, no puedo hablar, trato pero digo estupideces. No



te entiendo, me dice. Se murió, señora, su mamá se murió, le alcanzo a decir. La escucho llorar tanto tanto hasta que me corta. Le cierro los ojos, mi alma, los tiene un poquito abiertos, y le canto, se me da por cantar mientras la acaricio, la misma canción que le cantaba a mis nenes de bebés, y ella, Dios es mi testigo, se sonríe.



VERGÜENZA



—¡Vergüenza!, ¿cómo te va a dar vergüenza, Eduardo Quinteros?, desde cuándo me querés decir... Pero che, será de Dios, habrase visto...

—Sí, Quinteros, tenés que ser vos, dale, no te hagas rogar, querés. Mirá que si no le decimos a la gorda que no quisiste, eh, y te la encargo a la gorda con cara de

culo, eh, te-la-en-car-go.

Pero Quinteros no quiere porque siente una vergüenza automática, inmediata, y se va a resistir hasta las últimas consecuencias a ser él quien le entregue el regalo de cumpleaños a la jefa pase lo que pase, le digan lo que le digan. “Quinteros sos cagón, cagón y maricón”, le cantan ahora los boludos de la oficina. Ellos sí que no entienden de vergüenza, ellos sí que no entienden nada. Eduardo, con el asunto del regalo, siente exactamente



la misma vergüenza que siente cuando dice que le quedaron solo dos materias para recibirse de contador. Lo dice con frecuencia aunque nadie se lo pregunte, pese a que nunca le gustó mentir. Su familia se siente muy orgullosa de él, incluso sus hermanos aunque lo llamen “porteñito traidor”. Los extraña y suele acordarse de ellos cuando termina de deleitar a su familia con sus asados y reclamar a viva voz el merecidísimo aplauso para el asador. Le encanta escuchar el sonido de las palmas al golpear-

se, “es un flor de halago”, suele decir, “¡es música para los oídos caracho!”. Y hacer el asado y repetir siempre las mismas frases convierte todo en un ritual: él al frente de la parrilla, los chorizos y las morcillas que salen primero, y después la tira, el vacío, el pechito. Y si es principio de mes también aparecen las mollejas y quizás un matambrito de cerdo que le queda a punto, como solo le quedaba a su padre en el campo de Madariaga. Y el placer del ritmo de esos aplausos y la cara de Rosa, su señora,



que observa a todos, rolliza, plácida, realmente contenta, pensando que ese reconocimiento es también para ella y no solo por las ensaladas y los postres que vendrán después, sino porque fue ella quien formó, armó y dirigió la familia Quinteros. Porque fue ella la que cada mañana vistió a sus cuatro hijos y les dio de desayunar, porque cada día de su vida los ayudó, asistió y cobijó, pero más que nada, porque hace veinticuatro años que sus manos aplauden a un único y excelente asador: Eduardo,

su esposo. Rosa es ignorante en términos de vergüenza y casi no miente al decir que jamás sintió nada parecido, es una mujer fuerte que encara la vida sin detenerse en niñerías semejantes.

Cuando recién casados se mudaron a Buenos Aires sintieron que la hostilidad se los iba a devorar y sin embargo salieron adelante, y Eduardo hasta pudo estudiar por las noches, llegó a dar algunas materias de la carrera de contador pero en cuanto consiguió el



trabajo en el banco tuvo que dejarla pero, como suele decir, “nadie le quita lo estudiado”. Arrancó como cadete y fue ascendiendo hasta llegar a ser la mano derecha de la jefa de jefes del sector contable. Fue su padre quien lo alentó a irse del campo porque valoraba su inteligencia, es a él a quien le debe todo. Eduardo desde chico hacía cualquier cuenta mentalmente y trataba los asuntos de las ventas de ganado de igual a igual, como un adulto, y nadie se le pasaba de vivo. Cuando se fue sus her-

manos se resintieron con él y por eso, y más desde que su viejo no está, siente vergüenza de hablar de su trabajo y sus logros frente a esos hombres labradores, toscos, de espaldas cuadradas y manos grandes y callosas como la ciudad que han visitado tan solo una vez.

Pero su vergüenza es caprichosa, porque no la siente cuando le hacen el examen de rutina de todos los años. Ya se acostumbró a las hemorroides y a que siempre le toquen enfermeros en



vez de enfermeras. En esos momentos se limita a ponerse boca abajo y cerrar los ojos. Lo que mejor le resulta es cantar para sí alguna melodía sin letra, a veces incluso inventada. Tarareando se le van los pensamientos humillantes y las sensaciones pudorosas y el recuerdo de aquellos dos peones que vio besándose en el establo cuando tenía diez años. Tararí, tarará, y todo todito se va. Tampoco siente vergüenza cuando saca los dos mil pesos de la cuenta de la pensión de su vieja, es más, siente que es algo

justo y que su vieja estaría de acuerdo; ¡con las cosas que le hacen los bancos a la gente! No va a avisarles nunca del error, y si un día lo advierten dejará de cobrar con la misma tranquilidad con la que ahora cobra. Con esa plata le compra flores a su señora todos los viernes, con esa plata salen a comer alguna noche al mes, con esa plata se compra una linda botellita de whisky de vez en cuando. Su madre estaría de acuerdo con todo lo que hace con esa plata menos con lo de las atenciones a su jefa.



Eduardo tiene cuatro hijos, Rosa, Stella Maris, Miguelito y Gustavo, y dice que no siente vergüenza porque Gustavo sea como es, aunque baje la voz para hablar del tema, aunque no pueda decir el nombre de su enfermedad. “Es raro, es raro”, es todo lo que puede explicar y explicarse. Rosa lo consuela diciéndole que es la viva imagen de su hermano Víctor, calladito, tímido, apocado. Pero los dos saben que no es solo eso, que el chico no habla desde hace años, que no puede comer carne por-

que se pone a gritar, que no puede manejarse de manera independiente. La pobre Rosa padece dolores de cintura y ya nunca quiere invitar a nadie a la casa. Gustavo no es solamente raro, es muchas cosas más, pero eso a Eduardo no le da vergüenza o más bien siente que no tiene que darle, porque de cuatro hijos uno le podía salir diferente, es un buen promedio, o por lo menos un promedio justo, razonable, como los que tiene que hacer en su trabajo, como los números que tiene que dibujar para



que los balances cierren y la gente del directorio quede satisfecha. Pero él es solo el empleado que corre para que las cuentas den bien porque la que se lleva los aplausos es su jefa, la que después va a almorzar a restaurantes caros es ella y nadie más que ella, la que recibe entradas gratis para grandes espectáculos, enormes descuentos, todo grande, todo placentero, todo para ella. La gorda, la gordísimamente gorda que lo convierte en un discriminador profesional.

Pero Eduardo en silencio hace lo que

tiene que hacer porque perder el trabajo es lo peor que puede pasarle, se estremece de solo imaginar la vergüenza que le daría decirle a su esposa que lo echaron, que ya no es parte del banco, que ya no es un profesional.

Eduardo reconoce como vergüenza aquella sensación que lo invadió el día previo a la muerte de su padre. Estaban los tres hermanos juntos con sus familias para que el viejo se sintiera acompañado en sus últimos momentos, y entonces lo llenaron de ruidos, cancio-



nes y fueguitos. Y lo bien que hicieron porque el viejo se quedó dormido por última vez con una sonrisa que le impregnaba de dulzura esa cara ajada, llena de grietas e historias sobre paisanos, caballos y fantasmas con las que ya, qué tristeza, no los iba a entretener. Pero un día antes de la despedida, Eduardo sintió un tipo de vergüenza horrible, idéntica a la vivida a sus diez años. Jaime, el peón que había visto aquella vez besándose con otro peón, convertido ya en un hombre mayor, tomaba frené-

ticamente la leche que salía de la ubre de la vaca, directamente del chorro, a lo animal. Quizás, pensó Eduardo, cualquier cosa que estuviera haciendo ese hombre iba a provocarle pudor, asco, pero no, era la situación, la escena de la vaca y su leche y él. Qué imagen repugnante para sus ojos urbanos, para su vergüenza ajena. No tenía que arrepentirse de haberse ido de ese lugar, de haber dejado a los suyos, de haber hecho una vida tan diferente. Por suerte le queda el recuerdo de la última noche



de aquella estadía que le reconforta el espíritu y lo aleja de la muerte, de lo asqueroso, de su padre, los peones e incluso de Madariaga. Porque la noche previa al retorno fue la última vez que hizo el amor con Rosa de una manera jovial y activa, feliz, como si el campo hubiera querido regalarles una especial despedida. Luego ella se enfermó y ya nunca volvió a ser la misma mujer. Engordó, se dejó encanecer el pelo, y no se interesó más por el sexo, por los mimos, por los besos. “Ahora te amo di-

ferente”, le dijo una tarde como total y única explicación. Eduardo se acostumbró, no preguntó más, y hasta se suele consolar pensando que después de los sesenta años los matrimonios han de funcionar así, y aunque no se lo crea del todo, pensar de ese modo le sirve para no compadecerse de sí mismo, para no darse lástima, porque la lástima es tan penosa como la falta de amor. Y ese no es el problema, ellos se quieren, siempre se quisieron, solo que los años modificaron sus sentimientos, sus mie-



dos, sus pudores. Por eso cada vez que se dan un abrazo, un halo de tristeza y melancolía los chupa, el aire se silencia, y por un ratito se sienten lejanos, como si pertenecieran a otra atmósfera, como si por ese instante otro plano de la realidad fuera solamente de ellos, del matrimonio Quinteros que, indefectiblemente, se pone a llorar. Pero llorar no lo avergüenza. Hoy, a sus sesenta y cinco años, Eduardo bien sabe lo que es la vergüenza. Es pensar en la última noche de balance, en él y en su jefa en

la penumbra, metidos en la gran oficina privada, tirando los portarretratos de arriba de los muebles, ignorando las imágenes de ella con sus sobrinos o con la junta directiva. Vergüenza provoca ese Eduardo ojeroso, cansado, que sin embargo saca fuerzas de algún rincón y con ellas tira a la inmensa mujer al piso alfombrado, gris, y la da vuelta, le abre las piernas, y observa esa espalda gigante, con pliegues a la altura de los hombros y bolsas de carne y grasa en las axilas. Es su jefa, su amenaza,



la mujer que si no tiene lo que quiere puede echarlo o simplemente sugerirle que se jubile. Es ella entregándose a él, a Eduardo Quinteros, uno de sus tantos empleados administrativos, tal vez el que mejor le cae, el que menos errores comete haciendo los balances y haciendo también otras cosas. Eso es vergüenza, eso es raro, eso no está bien, pero Eduardo sigue, entra y sale, pone y saca, y en medio de los gritos y la alfombra que le raspa las rodillas, una imagen, solo una, la de los tres chicos

más grandes jugando dentro del arroyo del campo de Madariaga, y Rosa al fondo, detrás, dándole la teta al Gustavo. Solo esa imagen alcanza y sobra, y se hace inmensa como ese cuerpo desbordado de carne al que entonces vuelve a entrar una y otra vez, como ella le pide, porque ella le pide más, le exige que no pare, y le dice “Así Quinteros, deme más, vamos, quiero más”, y él le hace caso, como siempre, porque es su jefa y porque es quien, de alguna manera, los mantiene a todos: a él y a su



hermosa familia.

Y para finalmente evitar el bochorno de las jodas de sus compañeros –todos más jóvenes, todos fumadores– es él quien le entrega el regalo de cumpleaños a la gorda. “Ojalá le guste”, le dice con cara de estúpido, con una expresión que no coincide con quien es, con la vida que lleva y llevó, pero qué importa ya. Ahora la vida es un ir y venir de casa a la oficina, a la noche cenar las delicias que cocina su señora, y los do-

mingos, si el tiempo lo permite, cocinar los asados que lo hacen merecedor de aplausos que le ensanchan el pecho, no como los que le regala su jefa, esos sí que le dan vergüenza, propia y ajena, mirá que ponerse a aplaudir después de esos revolcones dificultosos y toscos, a quién se le puede ocurrir.



AUTORIDADES

PRESIDENTA DE LA NACIÓN
Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA
Teresa Parodi

JEFA DE GABINETE
Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS
SOCIOCULTURALES
Franco Vitali



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación
Argentina